

# Cristianismo

*Ricardo BLÁZQUEZ*

Teólogo. Obispo de Bilbao

Quiero atenerme al contenido que se me ha asignado y, si he comprendido bien, el planteamiento de este Curso pretende ser sobre todo descriptivo.

En este marco yo partiría de dos textos del Nuevo Testamento que encontramos en los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles. El primero de ellos hace referencia a la postura de un fariseo llamado Gamaliel, buen conocedor de la Ley, hombre con prestigio ante el pueblo y abierto a la verdad. Este encuentra a unos judíos que están predicando al pueblo sobre Jesús de Nazaret; sus compañeros del Sanedrín querían que se clausurara el acto cuanto antes. Los Hechos de los Apóstoles nos dicen lo siguiente: «Israelitas, ved bien lo que vais a hacer con estos hombres, porque hace algún tiempo se levantó Teudas, que pretendía ser alguien y que reunió a su alrededor unos cuatrocientos hombres. Fue muerto y todos los que lo seguían se disgregaron y quedaron en nada. Después de esto, en los días del empadronamiento, se levantó Judas el Galileo, que levantó al pueblo en pos de sí. También pereció y todos los que lo habían seguido se dispersaron. Os digo, pues, ahora: desentendeos de estos hombres y dejadlos. Porque si esta idea o esta obra es de los hombres se destruirá, pero si es de Dios no conseguiréis destruirlos, no sea que os encontréis luchando contra Dios. Y así aceptaron su parecer».

Así pues dos movimientos surgieron en el tiempo de Jesús que terminan en un fracaso: el de Teudas y el de Judas el Galileo; fueron dos figuras mesiánicas que provocaron movimientos populares, y una vez muertos los líderes, estos movimientos se desintegraron.

Una primera conclusión podemos sacar en esta perspectiva de carácter descriptivo: El movimiento suscitado por Jesús es un movimiento que pervive, que tuvo éxito. A miles de años y a kilómetros de distancia, su movimiento sigue teniendo adictos por todas partes. Yo me reconozco un seguidor de este movimiento. Ciertamente el movimiento de Jesús surge en el interior del Judaísmo. Esa primera referencia de los Hechos nos habla de la postura de un hombre abierto a la verdad y a los caminos de Dios. No nos consta que entrara en el movimiento de Jesús.

Otro texto cuenta cómo fue el origen de este movimiento, cómo fue el nacimiento del Cristianismo; lo encontramos en labios de Pedro, en Cesarea del Mar adonde Pedro fue llamado por Cornelio, un centurión romano. Pedro hizo una presentación sobre los orígenes de Jesús en estos términos: «Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato. Él ha enviado su Palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la Buena Noticia de la Paz, por medio de Jesucristo que es Señor de todos. Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea, comenzando por Galilea, después que Juan predicó el Bautismo, cómo Dios a Jesús de Nazaret lo ungió con el Espíritu Santo, y con poder, cómo pasó haciendo el bien, y liberando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios está con Él. Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén. A quien llegaron a matar colgándolo de un madero. A este Jesús Dios resucitó al tercer día, y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con Él después de resucitar de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y que diésemos testimonio de que Él está constituido por Dios juez de vivos y muertos. De éste todos los profetas dan testimonio de que todo el que cree en Él alcanza por su nombre el perdón de los pecados». Como se puede observar, es una descripción de los orígenes del movimiento de Jesús con unas características particulares.

## **JESÚS DE NAZARET EN LA HISTORIA**

Hay que reconocer que en un Ciclo como este resulta más difícil hablar de lo más conocido que de lo desconocido o incluso de lo poco conocido. Tenemos que ir haciendo una mayor concentración para ver hacia dónde encontramos los puntos de referencia que identifiquen este movimiento que llamamos Cristianismo.

Lo primero que aparece en este texto es lo siguiente: la persona de Jesús de Nazaret ocupa el centro. Sin Jesús de Nazaret pierde el Cristianismo su núcleo y su vertebración. Jesús de Nazaret es identificado como el Cristo, es decir, como el esperado secularmente por el pueblo de Israel. Se trata de una tradición que nace del rey David. Aquel rey quedó proyectado en sus caracteres fundamentales hacia el futuro. La esperanza mesiánica tendrá este punto de partida, y va a conducir la vida del pueblo de Israel de una forma secular. Del texto se deduce que Jesús es el Cristo. Nosotros ya estamos habituados a escucharlo, y seguramente hemos perdido o no hemos entendido nunca la novedad sorprendente que contiene esta afirmación.

El texto dice que Dios anunció la paz a los hijos de Israel por medio de Jesús el Cristo. De Él se dan los rasgos fundamentales: su actividad pública iniciada en torno a Juan el Bautista, haciendo una especie de sumario. Dice que Jesús transcurrió esos años haciendo el bien y curando a los enfermos, etc. Termina siendo crucificado, pero al tercer día se mostró como vivo, como vencedor de la muerte. Todo esto es sorprendente. Un innominado de un lugar sin relieve pasó curando, murió condenado como un rebelde peligroso y se mostró posteriormente a sus amigos como devuelto a la vida y es reconocido como el Mesías de la esperanza secular.

Hay aquí una serie de rasgos inmensos. En primer lugar querría poner de relieve que el Cristianismo se sostiene o cae con la persona de Jesús. El Cristianismo no se diluye en unos principios morales, en las brumas primordiales de los mitos o de una leyenda. Hay una persona en el centro.

Un segundo rasgo es el siguiente: Jesús de Nazaret es un personaje de la historia. Todos los intentos que ha habido para difuminar la persona de Jesús de la historia, no se sostienen. Están dictados por otros intereses que terminan perturbando tanto la lectura de las fuentes como de la valoración de la historia en su conjunto.

Este rasgo de la historicidad de Jesús de Nazaret ha sido siempre acentuado por parte de los cristianos. Los que entienden de estas cosas dicen que cuando se dice que Jesús murió bajo Poncio Pilatos se está justamente subrayando esta contextualización histórica de Jesús. Jesús es un personaje tan histórico como Poncio Pilatos. Y los historiadores latinos narran quién era este tipo de personaje que estuvo unos cuantos años, coincidiendo con el final de la vida de Jesús, como procurador del César Tiberio en la provincia de Judea, parece que fue una persona muy sanguinaria.

Es Jesús, por tanto un personaje de la historia. En la publicidad de la historia, como cualquiera de nosotros, nació, creció e hizo una actividad pública semejante a aquellos pretendidos mesías de que nos hablaba el texto primero de los Hechos de los Apóstoles, fue crucificado y murió. De este acontecimiento hablan también los historiadores paganos. Un texto del historiador Tácito, escrito en tiempos del Emperador Trajano, en los años 116-117 de nuestra era, cuenta lo siguiente: para cortar de raíz el rumor de que Nerón había incendiado la ciudad, pretextó unos culpables, unas personas a quienes el pueblo llamaba cristianos, y los entregó a los más refinados castigos. El fundador de este nombre, Cristo, había sido ejecutado bajo el gobierno de Tiberio por el procurador Poncio Pilatos. Tácito relata lo que podía haber escuchado sin ninguna investigación particular en medio de la gente, sin hacer particulares indagaciones, sencillamente recogió los rumores, lo que se divulgaba, lo que se decía sin más.

Jesús de Nazaret no pertenece a la mitología, pertenece a la historia. No es un personaje de leyenda, es un personaje de carne y hueso cuyas coordenadas espacio-temporales perfectamente pueden ser trazadas.

De este personaje han derivado una cantidad de palabras que justamente están relacionando muchas realidades: Hoy estamos reflexionando sobre el Cristianismo, cuya palabra lógicamente deriva de Cristo. Parece que el primero que la utilizó fue San Ignacio de Antioquía según la Carta a los Romanos. Dice él que cuando el cristiano sea perseguido no ha de mostrar elocuencia de palabra, sino grandeza de alma. En este contexto nace la palabra Cristianismo.

También de esto nos dan noticia los Hechos de los Apóstoles. A los seguidores de Jesús se les llamará cristianos; este nombre lo recibieron en Antioquía de Siria. Allí empezaron los seguidores de este movimiento de Jesús de Nazaret a ser llamados cristianos.

Después hay también una cantidad inmensa de palabras que están, digamos, en el mismo ámbito semántico: la palabra Cristiandad es muy bella y tiene unas connotaciones socioculturales muy ricas; la palabra cristianar (bautizar) existe ya en el castellano antiguo; la palabra **cristianía** (para indicar la condición del cristiano como tal) es menos utilizada; es relativamente reciente la palabra Cristología (para indicar la doctrina sobre Jesús de Nazaret confesado el Cristo), etc.

Lo que quiero decir con esto es que la persona de Jesús no se puede diluir en un sistema, en unos principios generales; ni siquiera en la noción de amor. El Cristianismo es Amor, con tal que digamos que en Jesús de Nazaret Dios Padre nos ha mostrado el Amor que nos tiene; en El aprendemos y recibimos la fuerza para amar también. Preguntadle a Teresa de Calcuta dónde ha aprendido a vivir así, de quién recibe la fuerza para vivir de ese modo.

Ya en el año 1939, cuando en Alemania empezaba la Guerra, Romano Guardini, un sacer-

dote profesor en varias Universidades, escribió sobre el Cristianismo unas palabras que ciertamente son señeras. Este maestro de Filosofía, de la historia de la cultura, de lo que es el Cristianismo, hizo en sus libros una evocación bellísima y atrayente de lo que es la fe cristiana. Él escribió lo siguiente: «El Cristianismo no es un último término ni una doctrina de la verdad, ni una interpretación de la vida; es esto también, pero nada de ello constituye su núcleo; su esencia está constituida por Jesús de Nazaret: su existencia, su obra y su destino concreto, es decir, por su personalidad histórica».

La esencia del Cristianismo es pues una persona. Nosotros tendemos a definir las cosas según unos principios generales, en el Cristianismo se da una paradoja. Si me pedís que defina qué es el Cristianismo os doy una definición concreta: el Cristianismo es Jesucristo. Jesucristo con todo lo que implica: su existencia, su obra y su destino concretos. Algunos han hablado de un universal concreto.

Miguel Delibes decía lo siguiente: «Lo universal es lo local sin puertas». Justamente esto es el Cristianismo: lo local, lo personal, lo concreto, sin puertas. ¿Hacia dónde nos remite la persona, el destino y la obra de Jesús? Es un personaje que tiene un mensaje denso, que no se termina en sí mismo sino que nos remite hacia muchos lugares: En primer lugar, hacia Dios Padre, el Dios de Israel a quien Él llamó su Padre. En el Nuevo Testamento Jesús está siempre hablando del Padre y transmitiendo la experiencia del Padre a los demás. Jesús es una persona concreta que pasó haciendo el bien. A Él se han remitido tantísimas personas para inspirar su vida. El mismo Ghandi dice que él no habría sido lo que fue y no habría hecho lo que hizo, sin la inspiración en Jesús de Nazaret. En Jesús de Nazaret se manifiesta una forma de tratar a las personas que resulta realmente original que escandalizó a los que se creían hombres de bien entonces. A las personas que consideraban que su vida estaba destruida les puso esperanza en su corazón. Así leemos en el Evangelio: «He venido para los enfermos, para que los que no ven vean, para que escuchen y oigan los sordos, para que los leprosos queden limpios, para que los perdidos sean encontrados, para que el hijo pródigo encuentre una casa acogedora y una fiesta». Pensad todo lo que esto significa en el camino de Jesús. No podemos cercenar lo que es Jesús de su relación con Dios ni de su relación con los hombres. Quedaría esencialmente desfigurado.

Cuando yo estudiaba en Roma tantísimas veces se repetía aquello de que «Jesús es el hombre para los demás». Una frase tomada de alguien que murió en un campo de concentración, concretamente de Bonhoeffer. Se trata de una expresión que define parte de lo que es Jesús. Jesús es el hombre para los demás. Pero sería incomprensible esa condición servicial de Jesús si se separa de la relación que tiene con el Padre. Jesús es el hombre para los demás porque fue el Hijo para el Padre. Es inseparable en el contenido y en los matices su relación con los hombres de la que tiene con Dios-Padre.

Hay todavía más en el texto de San Pedro. Él habla de Jesús no como una persona que simplemente busca la verdad, o como Tácito que ni siquiera se forzó en verificar el rumor de lo que circulaba en Roma en torno a los discípulos de Jesús. Pedro habla de otra manera. No definiríamos suficientemente el Cristianismo si no entráramos también en la forma de hablar propia de Pedro; él se presenta ahí como testigo frente a otros testigos. Es un testigo de la actividad pública de Jesús. Desde muy pronto fue discípulo de Jesús. Los discípulos le escucharon muchas veces, le acompañaron y presenciaron sus signos y su forma de vivir, comieron con Él, hicieron vida común.

Pero hay una dimensión que resulta sorprendente del Cristianismo. Ya fue realmente novedad que de Nazaret naciera algo bueno, pero es mucha más fundamental que de un muerto crucificado y enterrado se empezara a decir que estaba vivo. Esto es una novedad inaudita. Pedro dice que después de resucitar se apareció a los testigos escogidos de antemano por Dios; después de resucitado comieron y bebieron con Él.

¿Qué nos dice esta tercera perspectiva de las palabras de Pedro en relación con lo que es el Cristianismo? Por lo menos dos cosas muy importantes. Una: que Jesús de Nazaret no queda suficientemente identificado diciendo que nació porque se sitúe su fecha en la historia, ni por su actuación pública, ni tampoco por los Evangelios que son narraciones desde la fe, tampoco queda suficientemente definido porque vayamos detectando los rasgos históricos de su comportamiento, ni por el hecho de que digamos que murió crucificado.

Para definir a Jesús, en la perspectiva en que Pedro habla, necesitamos aludir a otro rasgo de su identidad que es misterioso: resucitó y está vivo por los siglos. No sólo fue admirable que muriera crucificado, no respondiendo mal por mal, pidiendo perdón por los que lo mataban, etc., sino que a los pocos días comenzó a divulgarse que habían visto a Jesús vivo. De ahí venía la inquietud a la que se refiere el primer texto en que Gamaliel da un consejo de sabio a los compañeros que querían reducir al silencio a aquellos discípulos de Jesús.

El capítulo 24 de San Lucas relata lo de Emaús: dos discípulos vuelven a su pueblo defraudados de lo que ha ocurrido con Jesús. Es una situación semejante a la ocurrida con los seguidores de Teudas y de Judas el Galileo. Estos discípulos van con la esperanza por los suelos: «Nosotros esperábamos, pero ya veis». Y ¿qué ocurre en la conversación con ese caminante que se acerca? Entabla con ellos una conversación y lentamente van advirtiendo que algo les pasa por dentro. Y cuando están sentados a la mesa descubren un rasgo de la identidad de Jesús, que forma parte de lo que es el Cristianismo. Al partir el pan se le abrieron los ojos y le reconocieron.

Se necesita una apertura de ojos particular para comprender en profundidad lo que es Jesús. Esto es lo que dice Pedro. No basta el haber convivido con Él durante tres años o haber sido un observador atento desde fuera de lo que iba haciendo y diciendo, no basta el haber presenciado la forma de morir de Jesús. Se necesita otra cosa, que nos abre a la dimensión más misteriosa del Cristianismo.

Otro aspecto que hay implicado en el discurso de Pedro sería este: En el Cristianismo es inseparable la persona de Jesús del movimiento de sus seguidores, como fue la de aquel pretendido mesías, Teudas, de los discípulos que se le unieron. Resulta que a uno le matan y los discípulos se disuelven; al otro le crucifican y los discípulos, después de un cierto desconcierto, se reúnen y aquí estamos después de veinte siglos. Es decir, forma parte del Cristianismo la persona de Jesús y el grupo de discípulos que se le unieron desde el principio y posteriormente se han ido uniendo a este movimiento generación tras generación.

Es importante que notemos lo siguiente: Pedro dice que es testigo de dos cosas: primero, del comportamiento histórico de Jesús. Es un simple mediador de la noticia de la vida de Jesús. Es un buen mediador, pues le conoció muy bien. En segundo lugar, es un testigo creyente, no sólo fidedigno, de lo que ha visto después de morir Jesús. Pedro integra en su persona la condición de confidente de Jesús y la de testigo creyente. Pedro, y los demás, pasan de la condición de haber sido evangelizados por Jesús a ser ministros de la Palabra y evangelizadores de este Jesús para otros.

Por consiguiente el Cristianismo nos sitúa en estas perspectivas. Os invito a que lo verifiquéis en el Nuevo Testamento. Ahí se sostienen estos rasgos tan sobrios que acabo de decir; éstos, a su vez, aguantan y responden también ante cualquier investigación histórico-crítica.

## CRISTIANISMO Y JUDAÍSMO

Finalmente, es evidente que el Cristianismo nace en el interior del Judaísmo: Pedro es judío y Jesús es un judío. Vivió en un contexto social, histórico, cultural y religioso, como cualquier otro judío. El Nuevo Testamento nos habla de los años oscuros de Jesús en Nazaret, en el hogar constituido por su madre María y por José, allí fue aprendiendo a vivir.

Pero el movimiento de Jesús fue un movimiento, si se entiende bien esta expresión, herético dentro del Judaísmo. Jesús fue un hereje, es decir, creó un movimiento que se escindió del Judaísmo. Aquí no entro en cómo se produjo la escisión. Pero ciertamente Jesús, digamos en el sentido original griego, produjo una «hairesis», una ruptura en el interior del Judaísmo. Los cristianos terminaron siendo expulsados de las sinagogas.

Ahora sería conveniente retomar la siguiente perspectiva: los judíos y los cristianos hoy, ¿nos vamos encontrando?; ¿cómo vemos los cristianos a los judíos y viceversa?; ¿cómo ven los judíos a Jesús?; ¿hemos dejado las polémicas y los apasionamientos que ciegan? Ambos debemos encontrarnos en el respeto, para poder ver nuestros propios rasgos diferenciadores.

Hasta aquí he dicho cómo ve Pedro a Jesús. Con tres rasgos fundamentales: como centro de su predicación, como personaje de la historia (con todo lo que lleva consigo) y diciendo mucho más de El después de haber muerto. Todos sabemos, por experiencia propia, que la identificación de un movimiento se percibe mejor cuando se deslindan los contornos con el movimiento más próximo. En este caso el movimiento más próximo, sin duda, es el Judaísmo, que es la matriz del Cristianismo. ¿Cómo lo ven los judíos que se abren a Jesús, siendo judíos que profesan la fe en el Dios de los Padres y en la esperanza mesiánica?

Desde hace varias décadas se ha estudiado a Jesús, por parte de muchos judíos, con afecto y con cercanía religiosa. Ellos descubren en Jesús, ante todo, al hermano. Y nos descubren a nosotros hermanos en el hermano. Lo dicen algunos de ellos con palabras muy bellas. Por ejemplo, Martin Buber, en 1950, en Viena, y con la situación de los judíos dispersos por diversos lugares, escribió de Jesús lo siguiente: «Desde mi juventud he sentido a Jesús como a mi gran hermano. Que la Cristiandad le haya mirado y le siga mirando después de veinte siglos como a Dios y Redentor, me ha parecido siempre un hecho de suma seriedad. Que por Él (por Jesús) y por mí debo tratar de entender». Es curioso que muchas veces las personas, en lugar de tratar de entender el primer movimiento que tenemos, se produzca el rechazo sin haber abierto nuestro espíritu para escuchar y para entender.

Así pues, Martin Buber dice que por respeto a Él (a Jesús), su gran hermano, y a él mismo, debe tratar de entender. Se trata de una relación fraternalmente abierta; y la palabra «abierta» tiene mucho peso específico. Si nuestra vida, en algún momento, dejara de ser abierta a Dios, a partir de ese mismo momento dejaríamos el mecanismo buscador de la fe, que nunca deja de preguntarse, de buscar, de seguir adelante. En este contexto me parece muy importante que en una institución como la Universidad, que tiene que distinguirse por la búsqueda de la verdad, también aparezca en sus programas la búsqueda de la verdad cristiana.

Para Ben Chorin, otro judío y autor de *El hermano Jesús*, considera a Éste como una

personalidad religiosa única. Escribe lo siguiente: «Esto es lo que me diferencia a mí, como judío, del cristiano: que la mano que me guía y la que yo sigo no es una mano divina, sino una mano humana, en la cual están profundamente grabadas las huellas del dolor»... (El crucificado es una cosa muy importante para comprender lo que significa la identidad de Jesús)... «La fe en Dios nos une a todos los cristianos, la fe en Cristo nos separa»...

Pero existe un tercer rasgo, el lenguaje del arte. El famoso pintor Marc Chagall, de origen judío, cuenta que estimulado por la iconografía rusa se decidió a pintar a Jesús Crucificado. Su hija nos ha dicho que su padre, cuando pintaba estos crucifijos, no quería pintar ni al Jesús crucificado de la historia ni al crucificado de los cristianos; deseaba representar en Jesús un miembro eminente de su pueblo, un hermano. Pretendía representar en Jesús el sufrimiento histórico del pueblo de Israel, como el dolor del holocausto. Resulta interesante que un judío, al pintar a Jesús Crucificado, encuentre en Él como la síntesis del dolor de ese pueblo que constantemente se ha visto tantas veces desplazado, exiliado, sometido a ghettos, etc.

Termino con una alusión a la relación entre el Mesías y el dolor, puesto que es básico para comprender la identidad de Jesús, y para entender por qué los judíos no creen que Jesús sea el Mesías. Según la tradición judía, en la expectativa del Mesías no podía entenderse la unión de Mesías y sufrimiento. El capítulo 53 del Libro de Isaías habla del siervo de Yahveh sufriente, pero era una especie de simbolismo que no sabían lo que significaba.

En cambio tenemos la historia de un judío convertido al Cristianismo, que resulta muy elocuente. Me refiero al Cardenal Jean Marie Lustiger, Cardenal de París. Tuvo una experiencia el Viernes Santo en la Catedral de Orleans del año 1940; él cuenta que entró en aquella Catedral y la encontró vacía; se dio cuenta después que era Viernes Santo. Entonces empezaron a darle vueltas en la cabeza tres palabras: Jesús de Nazaret, Mesías y Cruz (Crucifixión). Estas palabras constituyen, podemos decir, las dimensiones fundamentales del Cristianismo. Tanto es así que los autores cristianos se sintieron en la obligación de cristianizar, por la Cruz y la Resurrección, el título de Mesías.

Por tanto, ¿quién es Jesús para un judío? Un hijo de su pueblo, un hermano, el gran hermano a quien los cristianos consideramos el Mesías de nuestra esperanza. Él tuvo una experiencia singular de Dios y se reconoce a sí mismo como el Hijo de Dios. Por ahí es por donde van, a mi modo de ver, los rasgos identificadores más nucleares de lo que es el Cristianismo.

## REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA DEL AUTOR

BLÁZQUEZ, R., (1983), *Cristo sí, Iglesia también*. Sígueme, Salamanca.

BLÁZQUEZ, R., (1989), *Tradición y Esperanza*. UPSA, Salamanca.